

3/6/58

Formas y Motivos de la Lectura

por Sebastián Salazar Bondy

Alguien pregunta al cronista, a propósito de sus recientes afirmaciones sobre la lectura, si cree que en Europa, por ejemplo, conglomerado de países cultos, sin analfabetos, con una instrucción pública que alcanza a la mayoría, la buena lectura tiene tantos cultores como la otra, la que se podría llamar, habida cuenta de la calidad de los textos, mala lectura. Vagamente el articulista conoce las estadísticas respectivas, pero cree recordar que un informe francés señalaba últimamente el creciente auge de la novela por sobre otro tipo de género literario, y que en tal índice narradores de notable valor —Camus, Malraux, Katzansakis, Moravia, etc.— ostentaban un récord de venta extraordinario. Se supone que un libro es leído por lo menos por cinco personas, de lo cual es fácil deducir que tirajes de 50 mil ejemplares equivalen a cinco veces esa cifra de lectores. La literatura chabacana, que también la hay por allá —no obstante no descender jamás hasta el bajo nivel de la novelita rosa o de aventuras pueriles que están en nuestro idioma —oscenta en las estadísticas números semejantes. Hay, pues, una paridad de competencia, una especie de empate en el cual por el ritmo de aumento que

manifiesta el libro de calidad, es posible prever un mejoramiento continuó en la actividad del lector.

El problema de la lectura es, sin duda vario: es de educación, es de sensibilidad, es de educación. Es cierto que la educación escolar influye poderosamente en la afición popular a la lectura. Si se enseña a leer —no sólo en el sentido de enseñar a interpretar los signos gráficos, sino también a absor-



ber el contenido de los vocablos y las oraciones— naturalmente el libro será favorecido por una mayor demanda y el escritor, por ende, podrá cada vez más dedicarse a su tarea vocacional. La industria gráfica, al mismo tiempo, será exigida, y la producción aumentará. El primer paso es, por supuesto, llevar a cabo a fondo la alfabetización, para luego dotar a los alfabetos de los instrumentos intelectuales y lógicos que les permitan asimilar el mensaje de los escritos.

Aquí viene lo que atañe a la sensibilidad, al gusto. Quien realiza habitualmente el ejercicio de la lectura, no se estanca. Busca más y más calidad, sobre todo porque si se posee el hambre de lectura se procura escapar a la monotonía del alimento. Si se comienza por la novelita rosa, algunos años después se exigirán textos que estén un punto más altos que ella. Esto automáticamente, por la sola inercia de la práctica. Ahora bien, si la lectura elemental se acompaña

de una instrucción específica, el progreso vendrá más rápido. Todos hemos comenzado a leer revistas de aventuras. De ahí hemos pasado a Salgari, Verne, Dumas o Feval. De éstos a Balzac, Galdós, France, Dickens o Cooper, el avance ha sido inevitable. Después, el gusto se ha incrementado y afinado. De ahí que sería deseable que todos los niños y los adolescentes —a quienes los programas de estudio lanzan sin más sobre los clásicos, en los cuales, como es natural, se estrellan por falta de una adecuada preparación— se iniciaran en la lectura en libros sencillos y de fácil comprensión. Lo demás, por medio de una atinada conducción, vendrá obligatoriamente.

El "para qué" se lee tiene también importancia. Alguien ha clasificado los lectores en tres tipos. Existe el lector maníaco, el que lee todo lo que le cae entre las manos, desde un fragmento de periódico hasta un tratado de filosofía. Este lee devorando, atragantándose, cogiendo un poco de todo. Se trata de un placer simple y anhelante. Hay el lector que lee por saber algo de algo, que escoge su variada lectura en el variado bosque del papel impreso. Su motor es el conocimiento general. Es un placer sin prisa, parsimonioso y selectivo. Y, por último, se da el lector que quiere poseer todo de algo, que se aplica a un sólo tema y un sólo género, que tiende al especialismo, y que lee como quien estudia, haciendo fichas, tomando apuntes, subrayando los textos claves, etc. Es el lector intelectual. La función de la lectura gravita, pues, enormemente.

Es deseable que, en primer término, la lectura se imponga como una costumbre de la vida, como un acto regular, de todo individuo, y que así como hoy hay quienes necesitan del cine y la radio para la expansión de su espíritu, requieran también del libro, cualesquiera que sea el interés que los guía hacia él y cualesquiera que sea la clase de texto al que solicitan placer o conocimientos.